

na, y la reina envió inmediatamente un emisario para que llamase á Guaorocaya y fuesen á participarle las nuevas que habia recibido.

Guaorocaya vivia á muy corta distancia de Xaragua.

Apenas conversó con el emisario, partió en busca de Anacaona.

Cuando llegó, la reina velaba esperándole.

Higuanamota dormia tranquila.

Una dulce sonrisa se pintaba en sus lábios.

Veia en sueños la felicidad, porque la felicidad en la juventud es el amor.

Capítulo LVIII.

Alegrías tristes.

Anacaona manifestó á Guaorocaya las noticias que habia recibido de Caonabo, y la confianza y seguridad que tenia en ellas, por habérselas transmitido Hernando de Guevara, unido á su hija por los más estrechos vínculos.

Guaorocaya era receloso.

Habia sufrido demasiado, habia visto las desventuras que habian caido sobre su patria desde la llegada de los españoles, y trató de sofocar en Anacaona los sentimientos generosos en que habia trocado su rencor implacable hácia sus enemigos, manifestándola que su amistad con ellos era peligrosa.

—Guacanajari,—añadió,—fué el primero que salió á recibirlos á su llegada. Los colmó de agasajos,

ha vendido á su patria por ellos, ha puesto sus vasallos al mando del cacique de los extranjeros para luchar con nosotros, y el infeliz ha muerto bajo el peso de la más negra ingratitud.

La Providencia le ha castigado; pero nosotros, que no hemos delinquido, que hemos luchado victoriosamente para romper el yugo que han colocado en nuestro cuello nuestros opresores, no podemos sufrir igual suerte.

—De todos modos, portándose los reyes de España con mi esposo Caonabo de una manera tan generosa, no debo yo ser ménos. Estoy resuelta á recibir al hermano de Colon y á sus soldados. Tú, Guaorocaya, que gobiernas conmigo el vasto territorio dividido antes de tus desdichas en cinco reinos, saldrás á recibir á los españoles y los conducirás hasta mi presencia, en donde quiero darles pruebas de mi buena amistad.

Guaorocaya obedeció con pesar la orden de Anacaona.

Bartolomé habia practicado una marcha militar.

Formaba su vanguardia la caballería, y al entrar en las ciudades ó lugares indios mandaba desplegar las banderas, que paseaba majestuosamente por ellos á tambor batiente.

Habiendo hallado durante la travesía gran cantidad de palo del Brasil, dispuso su corta, y lo fué almacenando en las cabañas indias para recogerlo á su tiempo y enviarlo á España.

Guaorocaya dispuso que al amanecer del día si-



CRISTÓBAL COLON. — ... Bartolomé con su ejército se dirigia á los dominios de Anacaona.

guiente estuvieran prontos sus mejores guerreros para acompañarle á recibir al adelantado.

No era sólo por hacerle los honores por lo que queria llevar un numeroso séquito.

Temia una emboscada, y en todo caso queria contar con medios para resistir el primer choque de sus adversarios.

Al amanecer se pusieron en marcha aquellos dos ejércitos.

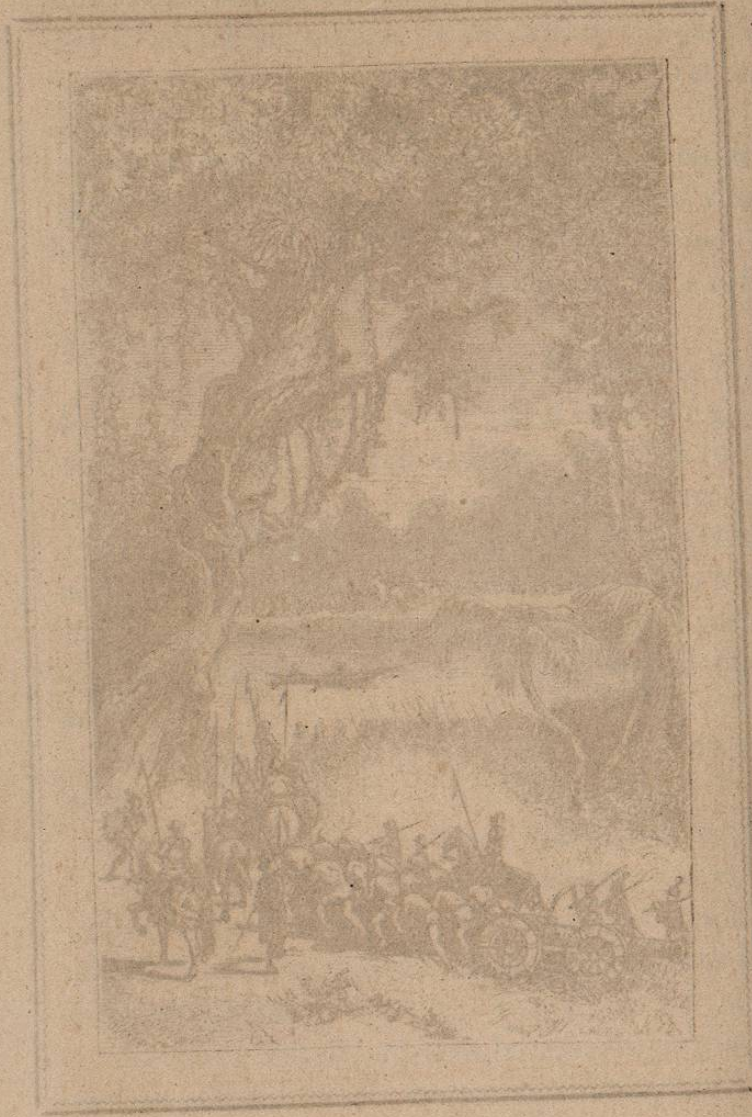
No tardaron en avistarse, y Guaorocaya, mandando detenerse á sus soldados, y entregándoles sus armas, se acercó al lado de dos butios hasta el punto donde se hallaba Bartolomé.

—¿Quereis decirme,—le preguntó el adelantado,—por qué saleis á recibirme con ese formidable ejército? Las noticias que tengo de Auacaona son pacíficas. Yo no he venido á combatir con vosotros, y me extraña la actitud amenazadora en que tú te presentas á mi vista.

—Si mis guerreros están armados,—contestó Guaorocaya,—no es para luchar con los tuyos. Vienen conmigo á hacerte los honores, y al mismo tiempo á contener á aquellos de mis vasallos que por haber sufrido mucho desde que llegásteis á nuestra isla, os odian y desean vuestro exterminio.

—Yo te agradezco la intencion, aunque no necesito de tu amparo. Bastan mis armas para contrarestar la fuerza de los tuyos y para destruir los lazos que cautelosamente pudieras tenderme.

—Tal creo; pero puesto que no os animan inten-



CRISTÓBAL COLÓN.—... Bartolomé con su ejército se dirigia á los montes de Auacaona.

ciones hostiles, dime cuál es el objeto de tu venida.

—He oído hacer los mayores elogios de esta parte de la isla, y habiendo dominado las demás, justó es que como vecinos seamos amigos y hagamos lo posible por auxiliarnos.

—Bien venido seas entonces; á tus órdenes me tienes para acompañarte hasta el palacio de Anacaona.

La comitiva se puso en marcha, los indios formaron en dos columnas para abrir paso á los españoles, los escoltaron despues, y de todas las aldeas por donde pasaban salian los caciques á ofrecer á sus huéspedes pan de cazabe y otros muchos y raros productos de sus tierras.

Todos los paisajes que hasta entonces habían recreado la vista de los españoles parecían pálidos reflejos, torpes copias de aquellos que admiraban su vista y ensanchaban su ánimo.

Al acercarse á la ciudad en donde residia Anacaona, treinta mujeres de la familia de la reina salieron á su encuentro.

En su diestra agitaban hojas de palma, y bailaban formando caprichosas figuras, al mismo tiempo que cantaban los alegres arcitos nacionales.

Gran número de indios de todos sexos y edades salieron á recibirle.

Las indias casadas llevaban una especie de cendal de algodón.

Las vírgenes iban completamente desnudas.

Casi todas eran bellas.

Su cútis era delicado y de un color moreno claro.



CRISTOBAL COLON—Si mis guerreros están armados, no es para luchar con los tuyos.